



LOS ABRAZOS DEL OLVIDO

Mar Romero

Salí de la redacción con un encargo nuevo para una revista de viajes en la que escribo últimamente. Esta vez el encargo era la ciudad de Elche y su Misterio. El “Misteri d’Elx” es un misterio eterno, pensé, porque siempre hay lectores a los que contárselo como si fuera nuevo y también hay otras formas nuevas de hacerlo. Y este era precisamente el enfoque que me proponían: la importancia que tiene el uso de las redes sociales y de las nuevas tecnologías para la difusión de temas de los que tanto se ha podido escribir como el patrimonio cultural. El último año había terminado con una época dura sin trabajo y la posibilidad de colaborar en esa revista me venía como anillo al dedo, aunque tocara quedarme sin vacaciones, así que pensé que el viaje serviría también para buscar

un rinconcito donde pasar unos días de playa y de paso comer un buen arroz.

Decidí irme en coche y disfrutar sin prisas del viaje. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba por esa zona? De repente recordé lo que había querido olvidar durante mucho tiempo. La memoria a veces juega malas pasadas, unas porque se olvida lo que no quieres, a pesar de los esfuerzos para que los detalles que importan no se pierdan en el tiempo y otras, porque los recuerdos vuelven a aparecer sin permiso después de haber trabajado mucho para engañarse a uno mismo y pretender que lo que ha ocurrido no ha existido nunca.

Había pasado mucho tiempo, prácticamente seis lustros. Siempre me ha sorprendido esa palabra que suena como si fueran siglos. Y eso era verdaderamente lo que parecían treinta años. El recuerdo apareció con una sombra de tristeza

que deseché de inmediato. Era un día de sol, me apetecía la propuesta de trabajo por la cercanía con el mar y el tema me había costado mucho tiempo de psicólogo como para permitir que se ensombrecieran esos próximos días. Y además, ya estaba superado. ¿El tiempo no lo cura todo? Cogí el coche y emprendí camino con la música que casi siempre escucho en los viajes largos. Esta vez para no ir cambiando de CD, coloqué una tarjeta en la que mi amigo Juan me había grabado temas de los 80 y 90 que yo le dejé para copiar de mi larga colección que se acumula en casa y que últimamente no escucho por falta de tiempo. No me di cuenta que irremediamente antes o después aparecería la inconfundible voz de Elton John con su "Sorry seems to be the hardest word" haciendo trampa y colándose aunque el tema fuera de una década anterior. Y allí, traicionándole al olvido, me trasladé al aeropuerto de El Altet que en ese tiempo que creía ya olvidado, me conocía al dedillo por motivos de trabajo y que me gustaba después de la transformación que se había hecho en él. Aquel día, como siempre, la terminal estaba repleta de pasajeros británicos, holandeses y noruegos. Llegué a pensar que era el único español. Tenía tiempo y antes de alquilar un coche para moverme por la ciudad y alrededores paré a tomarme un café. Entonces la vi. Me miró y sonrió. Llevaba unos pantalones pitillo llenos de corazoncitos verdes y una blusa oversize, unas manolitas y una coleta que deslucía unos rizos negros y pensé que a ese look solo le faltaban unas palabras en español.

Acabé mi café y fui a buscar el coche de alquiler. Había unas cuantas personas en la cola así que me resigné a esperar con paciencia, pensando entre otras tonterías que mi barba ya iba necesitando un buen afeitado. Miré hacia la puerta de salida que tenía enfrente y volví a verla. Bajaba de un Peugeot 205 y con las llaves en la mano entró de nuevo en el aeropuerto. Me miró y sonrió. Ya no te hace falta coche, barbudo; tienes el mío. Me dijo ella aquella tarde. En las semanas siguientes compartimos paseos por la ciudad, complicidad, risas y besos mientras abrazábamos el mundo. Nuestro mundo. Las primeras noches decidimos quedarnos en el hotel "Huerto del Cura". Me gustaba aquel hotel

de estructura diferente, que no tenía nada que ver con los de la época y nos gustaba mezclarnos con los turistas que llegaban atraídos por el palmeral. Éramos jóvenes entusiasmados con la música de moda y nuestras citas nocturnas tenían como preámbulo la discoteca de "El Aljibe" donde todavía se bailaba lento. Escuchando a Elton John ella me cantaba en inglés y me susurraba al oído en español: "¿Qué tengo que hacer para que me quieras?". Después en esa selva casi caribeña de palmeras, buganvillas y cactus teníamos tiempo para meter nuestros pies cansados en la piscina y jurarnos un amor eterno, al que yo auguraba fecha de caducidad. Aun así aquel "nuestro bungalow" servía para saborearnos el uno al otro en noches incansables.

Aquello se hizo más largo de lo que en un principio pensé que duraría. Yo iba y venía en aquel tiempo en el que, aunque parezca increíble, no existían los móviles, tampoco los mensajes y mucho menos el whatsapp, ese horrible invento con el que es muy fácil mentir a base de emoticonos en forma de falsos besos que se convierten en las peores mentiras, las innecesarias. Y cada vez fue más difícil ocultar ese atisbo de sombra en el que la alegría y la locura iban menguando en mí, sin saber muy bien por qué.

Me dolía perder esa sensación de libertad de unos meses atrás. Aun así con el tiempo me vi volviendo a un hotel más particular, a una casa en la que empezamos a compartir cama y comida. Afortunadamente compartíamos también el gusto por un buen vino y ante sus alimentos precocinados, decidí tomar cartas en el asunto y enseñarle la cocina más básica que significaba el disfrute de las cosas sencillas, pasando por tocar, oler, pesar y elegir buenos productos del Mercado Central de Alicante. La avenida de Alfonso el Sabio se convirtió en visita obligada dos veces por semana para comprar a primera hora, carne, pescado fresco, frutas, verduras, encurtidos, ultramarinos y panes, eligiendo entre más de doscientos puestos distribuidos en sus dos plantas. Después tomábamos el aperitivo en alguna terraza de su parte trasera y comprábamos flores frescas en los puestos que llenan de color este mercadillo.

Nuestra cocina fue un ensayo de exquisitas tentaciones que se iban sofisticando con el tiempo:

ñoras verdes con pisto y besos, pericana escalada y besos, fideuá de senyoret, gazpacho de liebre y caracoles con más besos, en un infinito “bon profit” de sabores y olores que se mezclaban entre platos y sábanas. Así descubrimos que solo se cocina bien con amor y por amor.

Con esos recuerdos con los que la memoria nos castiga apareciendo cuando no deben, me iba acercando en este nuevo viaje a la ciudad ilicitana y pensé volver a aquel hotel al que no había regresado nunca, con la certeza de que esa decisión era un castigo autoimpuesto también innecesario. A pesar de ello, pedí habitación y lógicamente lo encontré todo distinto. Otra dimensión, otros colores, otra mirada. Uno no se da cuenta del tiempo hasta que se mira en un espejo distinto del habitual. Y ahora era consciente de que ya no podía saborearla en el recuerdo. Pensar esto era algo absurdo porque fue una elección mía y aquello quedaba muy lejos.

Las idas y venidas duraron dos años y en cada uno de mis regresos la frase de ella era la misma: ¿Qué tengo que hacer para que me ames? Y yo sin querer sacar de mis labios ninguna mentira piadosa, la rodeaba con mis brazos en un silencio que cada vez contaba más verdad. Mi cobardía ante el compromiso.

En uno de mis viajes a Madrid empecé a sentirme cansado, lo achaqué al estrés de trabajo, de los viajes y de la casi angustia con la que empezaba a vivir de manera cotidiana. La comida no me sentaba bien, las copas tampoco, no conciliaba el sueño y a pesar de mi miedo cerval a los hospitales, decidí consultar a un médico.

La noticia me pilló solo y desprevenido. Se trataba de un tumor, en principio incipiente y con muchas posibilidades de cura, pero lo último ya lo escuché en una especie de nebulosa en la que yo solo pensaba en desaparecer sin saber cómo contarlo. No quería lástima, ni comprensión, ni compañía, ni nada en absoluto que significara dependencia de nadie en la convalecencia que me esperaba. Tampoco tuve valor para volver a decírselo a la cara por temor a flaquear en mi decisión que ya era tajante. Así que antes de seguir pensándolo más, la llamé por teléfono y en una breve conversación le dije que todo se había acabado, que no había ex-

cusas. Solo que ya no quería volver. Me llamó a diario durante varias semanas y yo no contesté nunca a esas llamadas que solo con el timbre del teléfono sonaban a súplica. Me recuperé sin secuela alguna y no ha habido un día en el que al elegir un vino no me acuerde de ella.

Ahora estaba allí de nuevo. Después de treinta años, empapándome de nostalgia decidí volver a subir al castillo de Santa Bárbara sobre el monte Benacantil, recordando sus explicaciones sobre “la cara del moro”, esta vez sin ninguna mano que se entrelazara con la mía, a visitar la plaza de Los Luceros como cualquiera de los muchos turistas y antes de regresar de nuevo a la Playa de los Saladares, una de nuestras preferidas, decidí pasar por el Mercado Central.

Seguro que allí encontraría algunas cosas para llevar a mi vuelta como los famosos dátiles, el zumo de granada o los licores de hierbas. El caso era entretener el tiempo y dar un paseo.

Entonces la vi, acompañada de alguien que la llevaba de la mano. Sí, era ella, me pareció ella; y de hecho nuestras miradas se cruzaron pero me extrañó ver que no se parara ni un momento. Reuní el valor para colocarme justo enfrente y mirarla a los ojos intentando detectar un pequeño atisbo de recuerdo en su mirada. No fue así. Con un gesto de su acompañante supe la terrible e injusta jugada que le había deparado el destino antes de lo debido: la enfermedad del olvido.

Sin pensarlo, en un impulso inconsciente la abracé. Fueron segundos que parecieron una vida. Junté mi cara a la suya y la rodeé con mis brazos. La besé en la frente mientras contemplaba sus hombros caídos y sentí su calor esperando que ella sintiera el mío. Volví a mirarla y pude contemplar un asomo de la sonrisa que había visto otras muchas veces en tiempos más felices. Mi respuesta fue una lágrima tan inconsciente como mi abrazo, entendiendo que por un solo segundo había sido capaz de reconocermelo y mirarme como entonces. Quise hablarle en alto, pero solo fui capaz de pensar como nuestro admirado Elton: ¿Qué tengo que hacer para que me quieras? Lo siento parecía ser la palabra más difícil una vez más.

Ilustración: Pablo Moncloa

